

Una Iglesia que escucha, anuncia y sirve «Ánimo. ¡Soy Yo! No tengan miedo» (Mt 14,27)

I. Presentación. La barca continúa su viaje

Con renovada esperanza ponemos a disposición de toda nuestra capellanía el Plan Pastoral que proponemos a nuestras comunidades para el período 2015-2018.

Nos alegra el proceso que hemos vivido para preparar este Plan Pastoral, se va haciendo juntos. Fue una etapa marcada por la reflexión, instancia de comunión y participación eclesial que nos ha permitido cultivar el sano ejercicio del discernimiento, entre las comunidades, laicos y movimientos eclesiales.

A las personas, movimientos y comunidades que han contribuido en este proceso de discernimiento, especialmente a quienes iluminaron, con entusiasmo les invitamos a hacer suyo este documento, y a reflexionarlo en sus comunidades

Texto inspirador – Mateo 14,22-33 (1)

De inmediato, Jesús obligó a los discípulos a que subieran a la barca y se adelantaran a la otra orilla, mientras Él despedía a la gente. Una vez que la despidió, subió al monte a orar a solas. Al atardecer permanecía aún allí, Él solo. La barca estaba muy distante de tierra, sacudida por las olas, pues el viento era contrario. De madrugada Jesús fue hacia ellos caminando sobre el mar. Los discípulos, al verlo caminar sobre el mar se asustaron y, llenos de miedo, gritaron: «¡Es un fantasma!». Enseguida Jesús les dijo: «¡Ánimo, soy Yo, no tengan miedo!». Pedro le respondió: «¡Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti sobre las aguas!». Jesús le ordenó: «¡Ven!». Pedro bajó de la barca, caminó sobre las aguas y fue hacia Jesús, pero al sentir el viento se llenó de temor, comenzó a hundirse y gritó: «¡Señor, sálvame!». De inmediato Jesús extendió la mano, lo tomó y le reprochó: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?». En cuanto subieron a la barca se postraron ante Él y le decían: «En verdad Tú eres el Hijo de Dios».

II. Introducción

1. En medio del oleaje a veces tormentoso que ha golpeado nuestra vida en estos años recientes, el Señor se ha hecho presente. Se ha acercado a nosotros para decirnos «¡Ánimo!, no tengan miedo». Y lo ha hecho de tal manera que, superado el temor, hemos podido volver a proclamar «En verdad, Tú eres el Hijo de Dios», con una fe fortalecida en la vivencia del dolor y la experiencia de la propia fragilidad y pecado.
2. Queremos continuar la senda de fidelidad al Señor de todos aquellos que nos han precedido en el camino de la fe. Nos reconocemos unidos a Santa Mary of The Cross, primera santa Australiana. Reconocemos el trabajo de los capellanes previos y de todos los líderes. Pero más ampliamente a todos los creyentes anónimos que con su fidelidad de cada día dan vigor y credibilidad a nuestra experiencia cristiana. Nos reconocemos unidos a aquellos que «con la pasión de su amor a Jesucristo, han sido miembros activos y misioneros en su comunidad. Con valentía, han perseverado en la promoción de los derechos de las personas, fueron agudos en el discernimiento crítico de la realidad a la luz de la enseñanza social de la Iglesia y creíbles por el testimonio coherente de sus vidas. Los cristianos de hoy recogemos su herencia y nos sentimos llamados a continuar con renovado ardor apostólico y misionero el estilo evangélico de vida que nos han transmitido» (1).

III. Una Iglesia que escucha y contempla. Una comunidad que navega mar adentro.

3. El texto bíblico que nos orienta puede ayudarnos a mirar con ojos de fe nuestra realidad actual. La fe nos ha embarcado en una travesía que por momentos ha resultado más complicada y exigente de lo que habíamos imaginado. En algunas ocasiones nos hemos sentido algo solos, como si el Señor estuviese demasiado distante de nuestras inquietudes cotidianas. Lejos de la seguridad de la orilla, en una barca sacudida por las olas y el viento, quizá hemos llegado a experimentar temor. A veces nos invade un cierto desconcierto, y no logramos reconocer al Señor de la Vida que camina a nuestro lado. Pero el Señor mismo viene a nuestro encuentro, para quitarnos los miedos, abrir nuestros ojos y ayudarnos a reconocerlo con claridad.
4. Mirando los años recientes en nuestro caminar de nuestras comunidades, se nos vienen a la mente y al corazón una serie de imágenes sobre hechos que han impactado nuestra conciencia y nuestras vidas.
 - a. Vivimos en un mundo de crisis de valores, de fe, de compromiso, falta de entrega a Dios, falta de responsabilidad, falta de perdón, rivalidades entre grupos, movimientos y comunidades.
 - b. No somos testigos de nuestra propia vida Cristiana. Somos tibios en nuestra fe.
 - c. Falta de Renovación de liderazgos impidiendo a otros asumir el servicio. Al mismo tiempo muy pocas personas quieren comprometerse con las comunidades, con los movimientos y grupos.
 - d. Falta de alegría en nuestras comunidades. Somos llevados a la rutina de las celebraciones y acomodarse solamente a la vida Sacramental.
 - e. La ausencia completa de la segunda generación en nuestras comunidades. (los jóvenes no participan más de nuestras comunidades).
 - f. Nuestras comunidades se están envejeciendo.
5. Volviendo la mirada a la vida de la Iglesia, recordamos algunos momentos especialmente significativos para nuestra experiencia de creyentes:
 - a. Somos testigos de un hondo malestar social, estamos viviendo en una cultura de miedo, temor social por los problemas que se nos presenta la propia sociedad.
 - b. Reconocemos una crisis de fe, de identidad y de sentido. Los rápidos procesos de cambio han puesto en duda los valores que tradicionalmente han dado sentido a nuestra experiencia personal y social. Vemos una preocupación excesiva por el bienestar material, o la búsqueda desordenada de sensaciones fuertes y de placer inmediato. Al mismo tiempo aumenta la dificultad para la comunicación interpersonal, para confiar en el otro y para comprometer la propia vida en proyectos de largo plazo. Crece en medio nuestro una cierta indiferencia religiosa, especialmente entre los más jóvenes, que convive con la búsqueda de nuevas formas y expresiones de religiosidad, como también con las expresiones más tradicionales de la piedad popular. De tal manera que, por un lado la fe aparece como cuestionada, e incluso atacada, y por otro surgen nuevas experiencias religiosas que renuevan la fe de la comunidad eclesial. Un cierto secularismo instalado en las estructuras eclesiales no es ajeno a la crisis de fe que experimentan muchas personas y que les dificulta vivir un encuentro más personal con Dios.
 - c. Percibimos un profundo anhelo de familia. El anhelo de familia permanece vivo en el corazón de prácticamente todos los hombres y mujeres, incluso en medio de las dificultades. Sobre todo, prevalece la convicción de que en la familia el ser humano puede aspirar a ser tratado genuinamente como persona. Este anhelo de familia, sin embargo, busca realizarse en condiciones más adversas que las de épocas pasadas. Los cambios actuales han tenido consecuencias serias en la vida familiar.

Reconocemos múltiples y cotidianas amenazas a la comunicación entre los miembros de la familia, al punto que el mismo rol educador de la familia está afectado, por el mundo moderno.

- d. En el corazón del pueblo cristiano anida un hondo anhelo de renovación de la Iglesia. «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (2).
- e. También se va abriendo espacio en la conciencia de los creyentes la necesidad de fortalecer una pedagogía del encuentro personal con Jesús y entre nosotros; de valoración del diálogo, de la escucha mutua respetuosa y benevolente; de la urgencia de fortalecer una práctica de discernimiento espiritual y pastoral, que nos permita mantenernos activamente fieles en estos tiempos cambiantes y a veces oscuros. Crece la conciencia sobre la urgencia de fortalecer la capacidad de ser misericordiosos con todos, de construir comunión en la diversidad, de abrir espacios de participación mucho más amplios, como condiciones indispensables para una renovación en la calidad de nuestra respuesta pastoral en nuestras comunidades, grupos y movimientos.

IV. Una comunidad que se deja interpelar por el mensaje de su Maestro.

6. Queremos centrarnos, sobre todo, en aquellas realidades o procesos que permiten a cada persona ir alcanzando una mayor plenitud humana, de modo que toda la creación tienda al proyecto originario de comunión querido por Dios.
7. Necesitamos ser dóciles a la acción del Espíritu Santo para mirar con ojos limpios la historia humana. El Documento de Aparecida limpia nuestra mirada sobre los tiempos actuales enseñándonos: «Señales evidentes de la presencia del Reino son: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno, aceptando y respetando la riqueza de la pluralidad, y la lucha para no sucumbir a la tentación y no ser esclavos del mal» (3). Como estos signos hay muchos más, y es tarea nuestra discernirlos desde una mirada de fe.
8. Proponemos los siguientes grandes criterios orientadores para nuestra acción eclesial en vistas de discernir los signos de los tiempos y responder mejor a los desafíos de los nuevos tiempos que estamos viviendo:
 - a. Centralidad de Jesucristo, Señor de la vida. En el encuentro con Cristo nuestra vida adquiere un sentido nuevo y más pleno. La fe no se reduce a meros contenidos o normas, sino que es ante todo el encuentro personal con Dios que se nos ha manifestado en la persona de Jesús.
 - b. Valor y dignidad de toda persona humana, cualquiera sea su condición, especialmente del migrante recién llegado. El ser humano está llamado a una plenitud, que los creyentes reconocemos en Cristo: la verdadera Vida se alcanza cuando nos hacemos capaces de gastar nuestra vida en dar vida a otros, tal como hizo el Señor Jesús.
 - c. La capellanía está llamada a ser servidora del Reino de Dios, en la escucha comunitaria y corresponsable de la Palabra, en el servicio humilde a la vida de toda persona humana y en el anuncio gozoso de la fe a todos los hermanos y hermanas. Esto lo vivimos en el marco del discernimiento pastoral, indispensable para la misión de la Iglesia. «Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios» (4).

9. El apóstol Pedro fue invitado a abandonar la seguridad de la barca, y a aventurarse a caminar sobre aguas turbulentas. Solo es posible dar este paso desde una profunda experiencia de fe.

V. Una Iglesia que anuncia y celebra. Una comunidad que sale al encuentro de su Maestro. Pedro bajó de la barca, caminó sobre las aguas y fue hacia Jesús

10. Las realidades nuevas y cambiantes de nuestro mundo nos desafían a responder con renovada fe y revitalizado impulso misionero. Se trata de un auténtico llamado a la conversión para fortalecer la dimensión misionera de la Iglesia.
11. Queremos responder a este llamado a la conversión desde nuestra más profunda identidad eclesial. Nos reconocemos como Pueblo de Dios convocado para ser testigos y anunciadores de la bondad de Dios. En todo tiempo y lugar, es agradable a Dios quien le respeta y practica la justicia. Pero Dios no ha querido salvar a cada persona humana aisladamente, sino constituyendo un pueblo que lo reconozca y que viva el mandato nuevo del amor. Por eso, el Concilio Vaticano II afirma: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (5). No hay auténtico seguimiento de Jesús al margen de la comunidad de los creyentes. «Nadie se salva solo» (6).

En este momento estamos siendo llamados a renovar nuestra vocación eclesial, de modo tal que podamos ser mensajeros convencidos y convincentes de la novedad del Evangelio. «Por eso debemos volver a Jesús y reencontrarnos vitalmente con Él para hacernos sus verdaderos discípulos, sus seguidores. Esto significa tener sus mismos sentimientos, sus mismos afectos, su misma entrega, sus mismas actitudes ante Dios y ante nuestros semejantes. Como Él, debemos hacer nuestra la causa de los migrantes, de los más débiles y marginados porque esa es la causa de Dios. De este modo nos aproximaremos a todo lo humano, despojados de todo sentido de poder, superioridad o suficiencia» (7). La buena acogida tiene que ser el centro de nuestra vocación eclesial.

12. La capellanía (comunidades de comunidades) está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias. Necesita confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Para continuar caminando en esta dirección necesitamos ser más radicalmente:
- Construir comunidades que escucha a su Señor y se deja conducir por el Espíritu. Toda la grandeza y hermosura de la Iglesia se despliega cuando ella se sitúa como discípula del único Señor de la Vida (ver Lucas 10,38-42); dispuesta a asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (ver Lucas 6,40b), correr su misma suerte haciéndonos cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas. Queremos ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la Palabra de Dios y en la Eucaristía.
 - Construir comunidades en la cual todos nos reconocemos como hijos de un mismo Padre; discípulos llamados a ser miembros de una única familia de Dios. Nos mueve la certeza de que «la Iglesia es una sola para todos» (7). Queremos formar comunidades vivas, que alimenten su fe en espíritu de comunión. Anhelamos una Iglesia fraterna, comunitaria, que no excluya a nadie y que camine en permanente comunión sinodal. Nuestras actividades deben ser expresión de un amor que busca el bien integral de toda persona humana.

- c. Una Capellanía servidora y samaritana, una Iglesia pobre y servidora de los pobres. Nos interpela el llamado del papa Francisco para luchar contra las tendencias autorreferentes y salir a los márgenes para ponernos al servicio de los pobres y los sufrientes. Queremos ser una comunidad de creyentes que reconoce el rostro de Cristo sufriente en los pobres; conscientes de que en todo hombre o mujer que sufre es el Señor quien nos sale al encuentro (19).
- d. Una Capellanía acogedora y misericordiosa, que acompaña el dolor y muestra a Jesús. Nuestra propia experiencia de fragilidad nos ha enseñado a reconocer el poder sanador del amor de Dios. «Nos reconocemos como comunidad de pobres pecadores, mendicantes de la misericordia de Dios, congregada, reconciliada, unida y enviada por la fuerza de la Resurrección de su Hijo y la gracia de conversión del Espíritu Santo» (8). Quienes ejercen algún tipo de servicio o ministerio dentro de la Iglesia están llamados a ser testigos privilegiados de la misericordia de Dios; de modo especial mediante una atenta y generosa escucha a las personas, a sus angustias y alegrías, a sus sueños y esperanzas.
- e. Una capellanía que vive, celebra y anuncia gozosamente su fe, consciente de que «conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo» (9). “La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama” (10). Queremos que el gozo de ser creyentes se transparente en nuestra vida cotidiana, en el entusiasmo contagioso para proclamar nuestra fe, y de modo especial en nuestras celebraciones litúrgicas. Necesitamos revitalizar nuestras celebraciones litúrgicas para que sean una experiencia más intensa del gozo de ser creyentes; una vivencia más clara de la fraternidad cristiana; un espacio para escuchar meditativa y comunitariamente la Palabra de Dios; un ámbito para reforzar nuestro compromiso de creyentes.
- f. Una capellanía que quiere crecer en un ejercicio del liderazgo como servicio compartido. Necesitamos renovar en profundidad el ejercicio del liderazgo. Somos una comunidad de creyentes, llamada a «caminar juntos» tras las huellas de su Señor. Todos los creyentes somos corresponsables, aunque sea en diversos niveles y modos, de la vida de nuestra Iglesia. Quisiéramos fortalecer aún más la corresponsabilidad laical en diversos los ámbitos de la vida eclesial.
- g. Una capellanía que sale de sí misma para anunciar la alegría del Evangelio. Necesitamos fortalecer nuestro impulso misionero, y a partir de él emprender una profunda revisión de las estructuras pastorales para adecuarlas mejor a su finalidad. La conversión pastoral necesita ir acompañada de una consistente invitación a vivir en comunidad cristiana; lo cual nos urge a generar los espacios comunitarios en los diversos niveles y ámbitos de la Iglesia. «La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera» (11).

VI. Una Iglesia que sale en misión y sirve. Una comunidad que da pasos de conversión, que se toma de la mano de su Maestro.

... pero al sentir el viento se llenó de temor, comenzó a hundirse y gritó: «¡Señor, sálvame!». De inmediato Jesús extendió la mano, lo tomó y le reprochó: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?».

13. Jesús reprochó a Pedro diciéndole «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» En las actuales circunstancias de la vida, podemos estar sometidos a la misma fragilidad del apóstol. Después de haber iniciado un camino lleno de entusiasmo, hay momentos en que comenzamos a dudar. Es tiempo de renovar nuestra convicción de fe y decir una vez más: «Señor, ¿a quién iremos? ¡Tú tienes palabras de vida eterna! Nosotros hemos creído y reconocido que Tú eres el Santo de Dios» (Juan 6,68-69). La llamada a la conversión es una invitación a renovar nuestra mirada de fe para reconocer el paso de Dios en la complejidad de nuestra realidad actual; y también una llamada a renovar nuestra respuesta fiel a ese paso de Dios. «Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio – ¡su servicio!– que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones» (12).
14. Junto al esfuerzo de permanente renovación de todas nuevas actividades, en estas Orientaciones Pastorales deseamos poner el acento en dos desafíos prioritarios para los años venideros.
- Con urgencia necesitamos reavivar nuestra experiencia de fe. De una fe que no es un cúmulo de doctrinas o normas, sino un encuentro personal del creyente con la persona de Jesús, que da una orientación definitiva a la vida. Necesitamos crecer en esa fe, que es mirar a Jesús con amor, y así aprender a mirar toda la realidad con los ojos de Jesús. Es necesario que recuperemos la experiencia de la gozosa alegría de ser creyentes, con una alegría y serenidad auténticas que surgen del saberse siempre en las manos de Dios. Queremos recuperar la alegría de ser creyentes, incluso en estos tiempos en los cuales no es fácil creer. En vistas de esta renovación de la experiencia espiritual, nos comprometemos a renovar nuestra práctica litúrgica y sacramental, la catequesis, la lectura creyente de la Biblia, la vida de oración, los espacios de vida comunitaria (grupos de oración, movimientos espirituales, grupos de servicio...), y a fortalecer las experiencias de apoyo solidario y cercanía a los más desamparados y sufrientes.
 - Necesitamos entrar en un proceso de «conversión pastoral» que reavive la vitalidad misionera de nuestra Iglesia (27). Una renovación que nos permita hacernos más atentos a las periferias de este mundo. Eso implica salir de la rutina de nuestras prácticas habituales para ir al encuentro de los que se encuentran lejos, por cualquier causa. Supone también la capacidad de distinguir lo esencial de lo secundario en la propuesta del mensaje cristiano (13). Nos comprometemos a trabajar en la renovación de nuestras estructuras eclesiales, a fin de hacerlas más apropiadas al anuncio del Evangelio. Queremos fortalecer el compromiso y la corresponsabilidad de todos los creyentes en la vida de la Iglesia; para ello, en los diversos niveles de la vida eclesial nos comprometemos a renovar los procesos formativos; a revisar el modo y estilo de tomar decisiones; y a revisar el modo de compartir la información al interior y al exterior de la Iglesia.
15. Corresponde a cada movimiento eclesial de la capellanía ver el modo concreto de llevar a la práctica estas dos grandes orientaciones, de acuerdo a su realidad y posibilidades concretas. La variedad de situaciones aconseja no ofrecer propuestas de acción más específicas, sino invitar a cada grupo eclesial a esa creatividad apostólica que surge de la misma experiencia de fe.
16. Estas dos orientaciones se sintetizan en el llamado a ser discípulos misioneros. Ambas identidades al mismo tiempo; no una después de la otra. «El discípulo, fundamentado en la roca de la Palabra de Dios, se siente

impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva» (14).

17. Junto a los dos desafíos prioritarios señalamos cuatro elementos transversales que deberían estar presentes en todas nuestras obras y acciones apostólicas:

- a. **Evangelización:** La realidad social en plena transformación que actualmente vivimos es un espacio privilegiado para hacer presente la novedad del Evangelio. De modo especial en las ciudades y sus periferias: «Una cultura inédita late y se elabora en la ciudad. ... las transformaciones de esas grandes áreas y la cultura que expresan son un lugar privilegiado de la nueva evangelización» (15). Evangelizar es «llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades» (16). Lo que realmente interesa es evangelizar no de un modo decorativo, sino de manera vital, en profundidad, llegando hasta las mismas raíces de la experiencia cultural de cada persona y de cada pueblo. Una nueva etapa evangelizadora caracterizada por la alegría, la renovación, el dialogo y el encuentro de una iglesia profética con las puertas abiertas. Encontrar métodos creativos a no encerrar a Jesús a nuestros esquemas aburridos. Es necesaria una conversión pastoral misionera.
- b. **Laicado.** Es bueno partir recordando una constatación fundamental: «Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia» (17). Esto es claro en los principios, pero necesitamos concretizarlo mucho más en la vida cotidiana. Fortalecer la formación de los laicos, para que asuman cada vez más activa y responsablemente su tarea cristiana en el mundo y en la construcción de la comunidad cristiana. Tenemos que abrir espacios cada vez más amplios de participación para los laicos y laicas en la vida y misión de la Iglesia
- c. **Liderazgo.** Los apóstoles anunciaron a Jesús como «el Jefe que lleva a la Vida», como nuestro «Jefe y Salvador» (Hechos 3,15; 5,31). Jesús puede ser llamado jefe porque se hizo cargo de las necesidades de los suyos; porque cargó sobre sus hombros las necesidades de todos, los sufrimientos y debilidades de todos (ver Mateo 8,17); porque tuvo compasión por los que andaban desorientados y dispersos (ver Mateo 9,36). Cada creyente y cada comunidad cristiana están llamados a ejercer un cierto liderazgo en este sentido. Es decir, están invitados a animarse a caminar con otros para alcanzar las metas propuestas. Desafiados a saber hacer propias las necesidades de los demás y a comprometerse con los sufrientes y desorientados para acompañarlos en la superación de sus problemas. Un buen líder no es el que manda, sino el que comprende desde dentro y se hace cargo de las necesidades de los demás. Por eso su palabra es creíble, es pertinente, es escuchada, da confianza y es obedecida con afecto. Es cercano, es alguien que no se desentiende de ningún dolor ni sufrimiento: «Yo soy el buen pastor: conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a Mí» (Juan 10,14).
- d. **Jóvenes.** La Iglesia mira a los Jóvenes con cariño. La capellanía mira a los jóvenes con esperanza y confianza, pero nos dispongamos en promover el mundo juvenil en las comunidades hacienda que los jóvenes se trasformen en protagonistas de las comunidades. motivando a los jóvenes a un testimonio activo de la fe en todos los aspectos de su vida, manteniendo su identidad cultural iluminada y discernida a través de la fe. "¡Son el presente de la Iglesia!"
- e. **Los Ancianos:** Es deber de la Iglesia ofrecer a los ancianos la posibilidad de encontrarse con Cristo, ayudándoles a redescubrir el significado de su propio Bautismo, por medio del cual han sido sepultados con Cristo en la muerte, para que « así como Cristo ha resucitado de entre los muertos

por el poder del Padre, así también [ellos] lleven una vida nueva » (Rom 6, 4), y encuentren el sentido de su propio presente y futuro. Es deber de la Capellanía hacer adquirir a los ancianos una viva conciencia de la tarea que tienen, ellos también, de transmitir al mundo el Evangelio de Cristo. Nadie tiene que sentirse desempleado en la Evangelización.

- f. Comunidades: Hacer que todas nuestras comunidades sean: Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno. Comunidades en salida, mirando a nosotros, los de afuera y los alejados con caridad evangélica.

- 18. Estamos invitados a entrar en un estado permanente de misión, anclado en la experiencia del gozo de nuestra fe y en la certeza de que el mejor servicio que podemos prestar al mundo actual es el anuncio del Evangelio de Jesús.

VII. Acciones Concretas:

1. Formación de líderes: en las comunidades y movimientos.
2. Identificar los líderes y su trabajo en las comunidades.
3. Celebrar el día del enfermo y el día de los Abuelos.
4. Que cada comunidad tenga un comité de acogida/ grupo de bienvenida en la comunidad.
5. Que los movimientos Eclesiales y las comunidades respondan a las necesidades y visiones del Proyecto Pastoral de la capellanía.
6. Hacer una evaluación del Proyecto cada 06 meses en los movimientos, comunidades y Consejo General.

VIII. Una Capellanía que agradece. Una comunidad que agradece y con fe se confía en Jesucristo.

En cuanto subieron a la barca se postraron ante Él y le decían: «En verdad Tú eres el Hijo de Dios».

- 19. Nuestra palabra final quiere ser una palabra de gratitud. En primer lugar a Dios por habernos llamado al conocimiento de su amor, por habernos convocado a formar parte de su pueblo santo, y por habernos confiado el servicio de proclamar la Buena Noticia. Gracias porque nos ha sostenido en los momentos de prueba, tomándonos de la mano y dándonos la seguridad que nos faltaba. Nos ha consolado en los momentos de temor, de oscuridad y vacilación.
- 20. Vaya también nuestro agradecimiento de corazón a tantos hermanos y hermanas que viven su fe cotidianamente con admirable fidelidad. Gracias a todos aquellos que, codo a codo con otros, se acercan a las fronteras del dolor, la pobreza, la exclusión y la desorientación para llevar una palabra de consuelo y la luz de la fe. Gracias a todos los que en nombre de la fe trabajan en pro de la justicia y el respeto de la vida de todo ser humano. Gracias a todos los que acuden a las celebraciones litúrgicas y los diversos lugares manifestando públicamente su fe, y nos sostienen con su confianza radicalmente puesta en Dios.
- 21. Expresamos también nuestra cercanía a todos los que experimentan de modo especial la oscuridad y la duda de la fe. A los que por cualquier motivo se sienten defraudados de la Iglesia y dolidos con ella. Expresamos

nuestra cercanía a quienes viven situaciones familiares marcadas por el dolor, y que muchas veces no se sienten apropiadamente acogidos por la Iglesia.

22. Una especial palabra de gratitud para todos los sacerdotes y diáconos que desempeñan un ministerio en nuestras comunidades y que con su vida dan testimonio de entrega total en manos de su Señor y de servicio al pueblo de Dios. Gracias a todos los que prestan servicios en las comunidades cristianas: en la catequesis, los movimientos eclesiales por su constante apoyo a la capellanía.
23. Les pedimos tengan presente en la oración a sus pastores y diácono, para que el Señor nos dé la sabiduría y humildad, la generosidad, la valentía y la misericordia necesarias para conducir apropiadamente al pueblo de Dios que nos ha sido confiado. Igualmente les pedimos que oren al dueño de la mies para que envíe más obreros a su mies (ver Mateo 9,38; Lucas 10,2).
24. Invitamos a todas las comunidades hispanas, en los más diversos niveles, a participar activamente en el proceso de traducir este Plan Pastoral en acciones concretas adecuadas a cada realidad. Les invitamos a llevar a cabo esta tarea mediante un proceso de permanente discernimiento pastoral.
25. «A la Madre del Evangelio viviente, la Virgen de Guadalupe, le pedimos que interceda para que esta invitación a una nueva etapa evangelizadora sea acogida por toda la comunidad eclesial. Ella es la mujer de fe, que vive y camina en la fe, y su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia» (38).

NOTAS A PIE

- (1) V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, [Aparecida. Documento conclusivo, n.º 275.
- (2) Pablo VI, Exhortación Apostólica Evangelio nuntiandi, n.º 14.
- (3) V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Aparecida. Documento conclusivo, n.º 383.
- (4) Francisco, Exhortación apostólica Evangelii gaudium, n.º 176.
- (5) Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium, n.º 1.
- (6) Francisco, Exhortación apostólica Evangelii gaudium, n.º 113.
- (7) Francisco, Audiencia en la Plaza San Pedro, miércoles 25 de septiembre de 2013.
- (8) V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Aparecida. Documento conclusivo, n.º 100 punto h.
- (9) V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Aparecida. Documento conclusivo, n.º 29.
- (10) Francisco, Carta encíclica Lumen fidei, n.º 37.
- (11) V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Aparecida. Documento conclusivo, n.º 370.
- (12) V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Aparecida. Documento conclusivo, n.º 14.
- (13) Tal como nos ha orientado el papa Francisco, en su Discurso en el Encuentro con el Comité de Coordinación del CELAM en el Centro de Estudios de Sumaré, Río de Janeiro, 28 de julio de 2013. Sobre esta crucial cuestión ver: Francisco, Exhortación apostólica Evangelii gaudium, n.os 34-39.
- (14) Benedicto XVI, Discurso Inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Aparecida), n.º 3.
- (15) Francisco, Exhortación apostólica Evangelii gaudium, n.º 73.
- (16) Francisco, Exhortación apostólica Evangelii gaudium, n.º 74. Ver: Pablo VI, Exhortación apostólica Evangelii nuntiandi, n.º 20.
- (17) Francisco, Exhortación apostólica Evangelii gaudium, n.º 102.